

ROBERTO AMPARO RIVERA

NO ME DEFIEN SOLLO



*Una pastoral comunitaria de cuidado,
afirmación y acompañamiento*

No me dejes solo

*Una pastoral comunitaria de cuidado,
afirmación y acompañamiento*

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
BIBLIOTECA JUAN L. LUGO

ROBERTO AMPARO RIVERA

Colegio Bíblico Pentecostal
Biblioteca Juan L. Lugo

VSV
10/05
4012.2
R54
2005

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	11
Prólogo.....	13
Primera Parte: Fundamentos del Cuidado Pastoral	
Capítulo 1: La Noche de la tumba	19
Garantías de la vida.....	21
Triple orden angelical.....	23
Un mundo hecho pedazos.....	26
Algo en qué pensar.....	27
Capítulo 2: Dios se acuerda.....	29
En la memoria de Dios.....	31
Consejo y cuidado pastoral.....	32
Modelos de cuidado pastoral.....	35
Paradigmas principales del ministerio de cuidado pastoral.....	37
Ejemplos concretos de cuidado pastoral.....	37
Algo en qué pensar.....	39
Capítulo 3: El valor de la presencia.....	41
Cuidado como acompañamiento.....	43
Presencia como encarnación.....	46
Cuidado como necesidad.....	49
Olvídate de tu hermano.....	52
Necesidades de Jesús.....	54
Lo hago por mí.....	55
Algo en qué pensar.....	57
Capítulo 4: Mara no es para siempre.....	59
El cuidado trae paz.....	61
Raíces amargas.....	62
Sanidad de la memoria.....	63
Dios también usa el dolor.....	65

©2005 Palabra y más, Inc.
Roberto Amparo Rivera

Calle Robles #54
Río Piedras, Puerto Rico 00925
Tel. (787) 765-1635 / Fax: (787) 766-4899
www.Palabaymas.com

Diseño de cubierta / diseño tipográfico: Luis Bravo / Bravo GD, Corp.
Cuido de la edición: Dra. Nohemí C. Pagán

® **Reservados todos los derechos.** Ninguna porción o parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopias, grabaciones, etc.) sin el permiso previo del editor.

Impreso en USA por GM International

Amargada o placentera.....	66
Amargura contagiosa.....	67
Un milagro innecesario.....	67
Algo en qué pensar.....	70
Capítulo 5: El cansancio cansa.....	71
Un luchador cansado.....	73
Trabajo y descanso.....	74
Teología del descanso.....	77
Jesús y el descanso.....	80
Descanso sábado o domingo.....	82
Exceso de equipaje.....	84
Algunas sugerencias para descansar.....	86
Algo en qué pensar.....	88
Capítulo 6: Amores que matan.....	89
Las visitas a los enfermos.....	91
Guía para las visitas.....	92
Visita como encarnación.....	94
Me matas de amor.....	96
He ahí el dilema.....	99
Sugerencias a los pastores.....	101
Algo en qué pensar.....	103
Capítulo 7: Algunos escogen morir.....	105
Una solución inadecuada.....	107
Por qué los vivos se quieren matar.....	108
El suicidio y la Biblia.....	110
Una pastoral de esperanza.....	111
Algo en qué pensar.....	112
Capítulo 8: Amar es arriesgado.....	115
Riesgos del cuidado pastoral.....	117
La muerte y la fe.....	117
El deseo de desperdonar.....	119
El dolor de una pérdida.....	121
Algo en qué pensar.....	123
Capítulo 9: Dos oídos y una lengua.....	125
El arte de escuchar.....	127
Formas de escuchar.....	128
Escuchar es una destreza.....	132
Algo en qué pensar.....	133

Capítulo 10: Cuando uno se pone viejo.....	135
Ahora somos de oro.....	137
El caballo de don Pancho.....	138
No los dejemos solos.....	140
Qué podemos hacer.....	142
Algo en qué pensar.....	143
Segunda Parte: Elementos del Cuidado Ministerial	
Capítulo 11: Quién cuida a quienes cuidan.....	147
Afirmación y cuidado ministerial.....	151
Cuidado mutuo.....	153
Algo en qué pensar.....	156
Capítulo 12: De tierras lejanas.....	157
Algunos son misioneros.....	159
Dificultades de los misioneros.....	160
Qué se puede hacer.....	161
Los que regresan.....	163
Algo en qué pensar.....	164
Capítulo 13: Ellas también son gente.....	165
Una boda sin madrina.....	167
Cuidado pastoral a la esposa del pastor.....	168
Llamamientos dispares.....	170
Esposa de la iglesia.....	171
Mujer a la calle.....	172
Como ellos las tratan.....	173
Algo en qué pensar.....	175
Capítulo 14: Anatomía de una infidelidad.....	177
Adulterio emocional.....	179
Infatuación con las jovencitas.....	182
Adulterio eclesiástico.....	183
Síntomas de un problema mayor.....	184
Algo en qué pensar.....	185
Capítulo 15: A manera de resumen.....	189
Señales de peligro.....	189
Guarda de mi hermano.....	192
Algo en qué pensar.....	193
Referencias.....	195

Dedicatoria

A la memoria del doctor Ricardo González Pagán, cuya muerte trágica y prematura fue la chispa que encendió mi interés por la vocación de cuidado pastoral.

Introducción

Hace unos años, un pionero de la Iglesia de Dios, maestro de ministros, erudito en las Escrituras, ejecutivo denominacional, y pastor de experiencia, murió en forma trágica. Las circunstancias parecieron indicar que tomó su propia vida, en respuesta desesperada a una serie de crisis mayores sin resolver, de las que no pudo reponerse. Ricardo González Pagán fue demasiado fuerte y aparentemente invulnerable para su propio mal.

La tragedia del Dr. González me hizo pensar que me gustaría dedicar los últimos años productivos de mi vida al ministerio de cuidado pastoral. Posteriormente, mi propia crisis, en forma de un infarto masivo que me causó daños permanentes e irreversibles en el cincuenta por ciento de mi corazón, me condujo a lo que hasta entonces había sido solo una buena intención para el futuro. Al momento de escribir esto, mi esposa Meri y yo estamos de lleno en el ministerio de cuidado pastoral.

Gabriel García Márquez dice que nada ocurre en el mundo que no le sea útil a un escritor. En mi caso, he explotado al máximo la tragedia de mi enfermedad como recurso pedagógico en clases, sermones, y mil cosas más. Ahora lo hago desde la página impresa. Como verán los lectores y lectoras, todo el libro está escrito desde la perspectiva del dolor continuo que me provoca tener el corazón lastimado. Espero no cansarles con mis cuentos, que sin duda algunos ya habrán escuchado más de una vez desde el púlpito y la cátedra.

He tenido dificultades escogiendo un título que describa el enfoque de esta obra. Finalmente, a sugerencias de Meri, opté por No me dejes solo, porque el cuidado pastoral se presenta como un ministerio de afirmación y acompañamiento.

El objetivo principal es despertar conciencia de la necesidad de cuidado pastoral mutuo. En una forma muy real, yo soy guarda de mi hermano y debo ayudarlo a lograr su sanidad integral, a la vez que él o ella me ayuda a mí.

Otro objetivo es presentar el cuidado pastoral no como algo que hacen solamente los pastores, sino como la responsabilidad y el privilegio de todos y todas. Es el cuidado que demostramos por otros y otras, en respuesta a la memoria y el cuidado que Dios tiene de nosotros.

Pero prefero no adelantarles nada más del contenido del libro en esta introducción. Es mejor que disfruten de las palabras del Dr. Pablo Jiménez que siguen a continuación, y que lo demás lo descubran ustedes mismos.

Siempre hay muchas personas a quienes agradecerles su contribución a un esfuerzo de esta naturaleza. Mi esposa ha sido el acicate que continuamente me estimula a poner por escrito mis ideas, a fin de compartirlas con otros. En este caso, ha leído cada capítulo según lo voy produciendo para verificar la claridad de expresión y la credibilidad de los conceptos. Mi nuera Liz D'Oleo también me ha ayudado en la lectura y en sus reacciones a lo que lee.

El padre Dr. Frank Montalbano, profesor del Seminario Teológico Oblate, en San Antonio, Texas, con su corazón profundamente pastoral, sembró en mí la semilla de cuidado ministerial. Mi hermano Heliodoro Rivera me regaló la anécdota del caballo de don Pancho, que aparece más adelante. Tres compañeros, Francisco Ortiz, Juan Rico y José O. Grau, me dieron permiso para usar trabajos respectivos como lecturas suplementarias. La idea era incluir dichas lecturas al final de este volumen. Por recomendación del editor, las mismas aparecerán en una antología de lecturas sobre cuidado pastoral, a publicarse más adelante. Agradezco en lo que vale su colaboración. Pablo Jiménez, escritor experimentado, aceptó gustosamente a leer el manuscrito y escribir el prólogo.

Hay muchas otras personas con quienes tengo deudas de gratitud. Muchas de ellas, como la doctora Elizabeth Conde-Frazier, son mencionadas en el cuerpo del libro, así que voy a obviar mencionarlas aquí.

Definitivamente, un libro es producto de muchas influencias, algunas de las cuales ni siquiera uno puede identificar por nombre. Son las muchas caras anónimas sin las cuales la vida sería imposible. O al menos insulsa y aburrida.

*Roberto Amparo Rivera
Carolina, Puerto Rico
Verano 2004*

Prólogo

En el verano del 2002 tuve el gusto de recibir a Roberto A. Rivera en mi casa. Hablamos largo y tendido antes de despedirnos. Después de dejarlo en su hotel, mi hijo Antonio José me preguntó quién era Roberto y por qué este hombre podía hablar con tanta sabiduría. Yo sonrei.

Quizás usted, que lee este prólogo, también se pregunte quién es Roberto y por qué puede hablar con tanta autoridad sobre temas espirituales. Permítame, pues, compartir la misma respuesta que le di a mi hijo.

Roberto Amparo Rivera es un hombre de Dios que ha dedicado la mayor parte de su vida al ministerio cristiano. Maestro de corazón, Dios le ha permitido educar en diversos contextos: en el aula, en el púlpito, en las publicaciones, en la oficina pastoral, y hasta por teléfono. Roberto educa todo el tiempo, compartiendo la profunda fe que le caracteriza.

Hombre de contrastes, es el único superintendente de una iglesia o denominación pentecostal, graduado de un seminario católico, que yo jamás haya conocido. La certeza de su fe y su fidelidad denominacional nunca le han impedido conversar con creyentes de otras tradiciones, enseñando y aprendiendo en el proceso.

Sí, Roberto ya tenía un toque especial de Dios cuando sufrió la experiencia que le ha llevado a un plano espiritual aún más profundo. Este libro narra su testimonio, indicando cómo Dios le ha permitido sobrevivir un ataque masivo al corazón que, de acuerdo a la ciencia médica, debió ser fatal. También narra cómo esa "experiencia de valle de sombra de muerte" ha sido la puerta para una gran bendición. Saber que cada día puede ser el último ha transformado a Roberto. Si antes sabía que Dios estaba con él, hoy siente que está ante la majestuosa presencia de Dios cada día. Recordemos que la espiritualidad cristiana no es el desarrollo del espíritu, como afirman las religiones de la India. Por el contrario, el paradigma de la espiritualidad cristiana es el episodio de los caminantes a Emaús. La espiritualidad cristiana nos enseña que Dios camina a nuestro lado, hoy y siempre, aun cuando no le reconocamos.

Roberto conoce a Dios; en cierto modo siempre le ha conocido. Sin embargo, su enfermedad le ha permitido reconocerle, tanto en el sentido de darse cuenta de su presencia como de volverle a conocer de manera más profunda.

Como educador al fin, Roberto no se limita a contar su testimonio sino que lo usa como marco para hablarnos de lo que significa el cuidado pastoral. Esto hace de *No me dejes solo* un libro único, que servirá para educar generaciones de pastores, de pastoras y de líderes laicos en nuestras congregaciones hispanoamericanas.

Ya sé. Usted quiere saber exactamente lo que le dije a mi hijo sobre Roberto. Sencillamente, le dije: "Hoy has conocido a un santo; a un hombre que camina tan cerca de Dios que le ha perdido todo temor a la muerte. Ese contacto con Dios es la fuente de su sabiduría."

Les presento, pues, un libro escrito por un santo contemporáneo. Un libro que puede darnos grandes lecciones sobre el significado del cuidado pastoral, porque ha sido escrito por un hombre que camina muy cerca de Dios.

*Rev. Dr. Pablo A. Jiménez
Pastor Nacional Para Ministerios Hispánicos
Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo), Estados Unidos y Canadá
Verano 2004*

PRIMERA PARTE

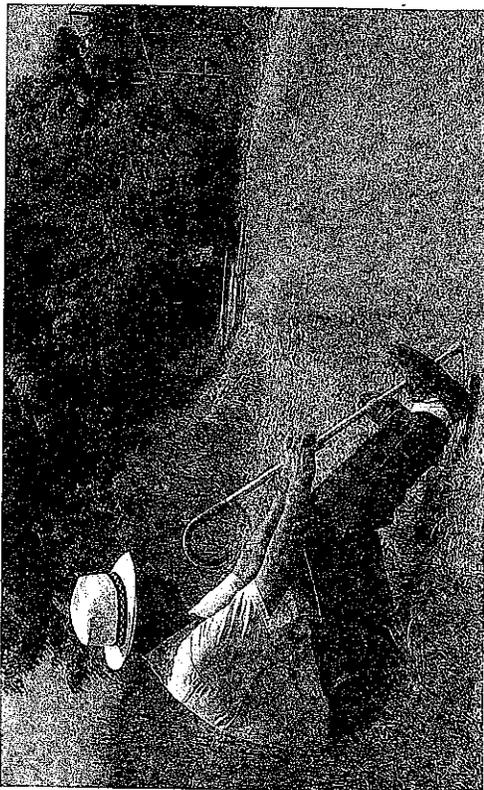
FUNDAMENTOS DEL CUIDADO PASTORAL

FUNDAMENTOS DEL CUIDADO PASTORAL

Tradicionalmente, el cuidado pastoral se visualiza como la labor que realiza el pastor o pastora de la iglesia, como parte de sus funciones dentro de la comunidad. Este volumen lo presenta como la responsabilidad y privilegio de toda la comunidad y no solo de quienes ejercen posiciones ministeriales de liderazgo.

El cuidado pastoral se basa en la convicción de que Dios se preocupa por nosotros y actúa a nuestro favor. En respuesta al interés y cuidado de Dios, nosotros nos preocupamos por los demás y actuamos en su favor, recordándoles y haciéndonos presentes para ellos.

La primera parte del libro explora varias dimensiones del cuidado pastoral. Entre otras, se consideran las visitas a los enfermos, el estímulo a personas que viven amargadas, el consuelo a quienes han perdido seres queridos por suicidio, y la experiencia de perdonar y pedir perdón. La segunda parte examina temas particulares de cuidado pastoral desde una perspectiva ministerial.



Capítulo 1

La noche de la tumba

*Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes que yo,
a cuyos padres yo desdenara poner con los perros
de mi ganado. Hijos de viles, hombres sin nombre,
más bajos que la misma tierra.*

Job 30:1, 8

GARANTÍAS DE LA VIDA

La vida no viene con garantías.

A noche cuando me acosté, era el presidente de la Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH), una entidad ecuménica de teólogos y teólogas, con miembros en tres países, empeñados en mejorar la formación teológica del pueblo latinoamericano. Enseñaba en la universidad y tenía una invitación preliminar a formar parte de la facultad de un prestigioso seminario evangélico. Me desempeñaba como ejecutivo denominacional en el ámbito mundial: Director de Publicaciones en Español, miembro de la Junta Internacional de Ministerios, de la Junta General de Educación, y de varias otras comisiones, además de presidente del Comité de Educación de Misiones Mundiales. Mi agenda de predicción, conferencias y estudios bíblicos estaba atestada.

Hoy cuando me levanté, o mejor dicho, cuando intenté levantarme, no era nadie. Un infarto masivo, el cual me causó daños permanentes e irreversibles en el cincuenta por ciento del corazón, cambió toda mi realidad. La doctora que me atendió en la sala de emergencia dijo que con toda probabilidad, yo no volvería a predicar en el resto de mi vida. De hecho, dijo ella, no había explicación médica para que yo estuviera vivo.

Aunque mi inteligencia no fue afectada en lo más mínimo, ya la universidad no volvió a invitarme a enseñar. Tuve que renunciar a la presidencia de la asociación de educación teológica, lo cual me produjo mucha tristeza. El seminario evangélico no contestó mi carta. La Junta de Directores del Ministerio de Publicaciones en Español de la denominación eliminó mi posición. Como premio de consolación, me redujeron a soldado de fila -o cuando más a sargento- en un puesto de menor jerarquía, con un corte en salario y un aumento correspondiente en tareas. En el directorio de nombramientos de la Asamblea General de la denominación, mi nombre desapareció, como por arte de magia, de todas las juntas, comités y comisiones creadas y por crear. Y hasta el día de hoy no ha vuelto a aparecer.

Mi mundo, tal como lo conocía hasta entonces, se había hecho pedazos de la noche a la mañana. Miraba los fragmentos regados

por todas partes, y ni siquiera me atrevía mover un pie, por miedo de triturarlos aun más. Siguiéron meses de intenso dolor físico, mucha confusión emocional y un enojo existencial inexplicable. Solo mi espíritu estaba saludable y era, paradójicamente, al que algunos de mis visitantes bien intencionados querían ministrar. Ni siquiera me daban permiso para validar mis emociones: "Hermano, usted no debe sentirse enojado. ¿Dónde está su fe?"



Mi mundo, tal como lo conocía hasta entonces, se había hecho pedazos de la noche a la mañana. Miraba los fragmentos regados por todas partes, y ni siquiera me atrevía mover un pie, por miedo de triturarlos aun más.



Mi fe era una de las pocas cosas que me quedaban intactas, pero ellos no lo sabían. Si mi mente no me falla, creo que el primer visitante que abiertamente me reconoció el derecho a expresar mi enojo fue el doctor Pablo Jiménez, entonces Director Ejecutivo de AETH, y hoy Pastor Nacional de la Iglesia Cristiana (Discipulos de Cristo) en los Estados Unidos. Pablo hizo un viaje de casi doscientos kilómetros en una dirección, para estar conmigo. Aunque parecza algo tonto a simple vista, su "autorización para estar enojado" hizo una diferencia positiva en mi estado de confusión.

Continuamente he afirmado que, de no haber sido por la sabiduría extraordinaria y la paciencia jobina de mi esposa Meri, probablemente hubiera escogido morirme y lo hubiera logrado sin mucho esfuerzo.

Sentía que mi dignidad había sido reducida a un mínimo indispensable para existir. El ambiente de mi trabajo me asfixiaba, pero no tenía la energía ni las posibilidades económicas de dejarlo. Además, si perdía el seguro médico del empleo vigente, imprevisible en aquel estado de salud, era altamente improbable que una nueva aseguradora aceptara cubrir una condición preexistente. Estaba en un callejón sin salida; lo sabía y eso me provocaba una ansiedad insostenible y un horrible sentido de impotencia. Lloré mucho, sin siquiera el beneficio de entender las razones.

Los meses se hicieron años. Un día, mientras volaba a una actividad educativa en un consorcio teológico en la ciudad de Berkeley, California, hablé con el Señor. Le expliqué lo mejor que pude mi confusión y le supliqué que antes de yo regresar a mi hogar en Tennessee, me extendiera su mano de auxilio. Necesitaba desesperadamente oír su voz diciéndome qué iba a ser de mi vida.

Una de las primeras personas que encontré al llegar fue a una

amiga y colega, la doctora Elizabeth Conde-Frazier (Betty, para sus amigos), pastora y educadora bautista de una sensibilidad profética excepcional.

"¿Cómo estás?", me dijo.

Por alguna razón, entendí que no se trataba de un simple saludo, sino de un interés genuino en conocer mi estado de salud.

"Mal", le contesté. "Me siento confundido. Necesito recibir una palabra profética de Dios antes de salir de este campo."

"Pues déjame orar un tiempo, a ver qué me dice el Señor", me alentó.

TRIPLE ORDEN ANGELICAL

Los días siguientes fueron de intensa búsqueda para mí. Escogí los versículos cinco al veinticinco del capítulo primero del libro de Lucas, la experiencia del sacerdote Zacarías en el templo de Jerusalén, como el pasaje por el que Dios me iba a dar dirección. Cada vez que tenía un momento disponible, me escapaba a un lugar solitario en el campo del Pacific School of Religion [Escuela de Religión del Pacífico]. Desde aquel promontorio, contemplando a la distancia la Bahía de San Francisco, leía y releía inútilmente los versículos seleccionados.

Los silencios de Dios son exquisitamente desesperantes. Varias veces tuve la tentación de cambiar de pasaje, pero mi espíritu me decía que esa no era una opción. El secreto de la voluntad de Dios para mí en ese momento estaba en el encuentro del anciano sacerdote con el ángel en el templo.



Los silencios de Dios son exquisitamente desesperantes.



Al tercer día Betty Conde me encontró. "Tengo palabra de Dios para ti", me consoló. La invité a mi lugar secreto de frente a la bahía y abrí mis oídos al máximo de capacidad receptiva.

Por alguna razón desconocida, los profetas tienen una forma de sorprender a sus interlocutores. Empezaban por donde menos uno espera, en el rincón donde se nos olvidó asegurar las murallas de defensa.

“¿Tú sabes la diferencia entre la voluntad de Dios y la voluntad de la iglesia?”, me asaltó como si estuviera planteando la interrogante más natural del mundo.

“¡Pues claro que la sé! ¿Qué clase de pregunta es esa?”

“No, tú no sabes nada. Te he escuchado hablar y he notado que piensas que la voluntad de Dios y la voluntad de la iglesia son la misma cosa, y no lo son.”

Entonces me relató una de las metáforas más poderosas que he escuchado en toda mi vida. Con perdón de Betty voy a intentar reconstruir en mis propias palabras lo que recuerdo de su narración, pero confieso que no hay modo de transmitir todo el poder que ella compartió conmigo aquel día, ni tampoco las palabras textuales o los detalles de la analogía.

“Todo el mundo predica de la experiencia de la crucifixión. También predicán de la resurrección. Pero nadie predica de la tumba. Y la tumba es una experiencia real.

El primer día de la tumba habla de muerte; estás ahí porque estás muerto. El segundo día es de confusión. Resucitaste, estás vivo, pero estás en la tumba. El tercer día es de nueva vida. Estás vivo, la tumba se abrió y el Señor te invita a salir a un mundo nuevo, el cual no tienes la menor idea de cómo es.

Ese es el problema tuyo. Tu primera experiencia fue de muerte. Por medio de tu infarto, moriste a una forma de ver el mundo y de hacer las cosas. Ahora estás en la tumba, pero estás vivo. Por eso tu experiencia es de confusión. Oye la voz de Dios que te invita a salir de la tumba, a enfrentarte a un mundo nuevo con posibilidades que ni siquiera puedes soñar que existen. Deja esa tumba, que represente al mundo viejo al cual moriste. Aprende que la voluntad de la iglesia no es necesariamente la voluntad de Dios. Arriégate a salir de la tumba y empezará a ver el mundo de la mañana de resurrección.”

✠

Por alguna razón desconocida, los profetas tienen una forma de sorprender a sus interlocutores. Empiezan por donde menos uno espera, en el rincón donde se nos olvidó asegurar las murallas de defensa.

✠

Después de acompañarme un rato y escuchar mis quejas, me dejó solo para procesar la profecía extraordinaria que acababa de entregarme. La Escuela de Religión y la bahía del Océano Pacífico habían

desaparecido de mi campo visual. Ahora solo veía al enviado celestial diciéndole al sacerdote de antaño: “Tu oración ha sido oída” (Lucas 1:13). Entonces se volvía a mí y me decía: “¿Conque quieres que te hable a través del mensaje a Zacarías? Pues prepárate, que esto es lo que vas a hacer:

1. Cállate la boca.
2. Termina tu ministerio.
3. Vete a tu casa.

Eso es todo por ahora.”

Entendí perfectamente. Claro, callarse la boca era una redundancia, pues que otra cosa puede uno callarse. ¿Pero quién discute gramática con un mensajero divino cuyas palabras son capaces de hacer parir lo mismo a una modesta señorita de los pobres de la tierra, que a una vieja estéril de la casta sacerdotal, quien hace añales ha dejado la costumbre de las mujeres? Y si le añadés que el receptor del mensaje ha estado por los últimos dos años “más confundido que una poillita dentro de un yoyo”, se entiende aun más.

De las tres órdenes que me dio el ángel, la más difícil ha sido la primera, permanecer callado. Si la hubiera obedecido como hice con las otras, me hubiera ahorrado un sin fin de contratiempos. Tal vez me hubiera favorecido si, como a Zacarías, permanecer mudo hasta que se cumpliera la palabra del ángel no hubiera dependido para nada de mi voluntad.

Confieso que la segunda orden, terminar mi ministerio, inicialmente añadió a mi confusión. A pesar de mis protestas, el Departamento de Misiones Mundiales “retiró mi yérsey” con carácter permanente, como se diría en el argot deportivo. Me quejé a las autoridades superiores, a todo el que me quiso oír y a algunos que no querían. Pero ya lo dice el refrán: *Roma locuta est, causa finita est*; que si lo interpretas quiere decir: “Habló el Papa, y se acabó el evento”.

Por todo trofeo de despedida me dieron dos placas que se suponía me hicieran sentir orgulloso y agradecido. Pero aunque la diplomacia exige que uno disimule su frustración, no es lo mismo despedirse que ser despedido. Sentirse uno enfermo y desempleado después de tener más de cuarenta años de experiencia profesional y un aparentemente inútil grado de doctor en filosofía, es una realidad traumática. (Ya sé que el ángel me mandó a callar. Pero también confesé que esa fue la orden más difícil.) Sin ser culpables de nada, las placas solo vieron la luz en el momento de entrega y desde entonces durmieron el sueño del olvido en sus cajas originales. ¡Qué se habrán hecho las pobres!

Posiblemente, la orden más difícil que Dios puede darle a una persona es la de permanecer callada, especialmente si uno siente que lo están tratando injustamente.

Por el contrario, la tercera orden angelical, regresar literalmente a mi casa en las montañas de mi país, en más de un sentido ha sido el mundo nuevo que me vaticinó mi amiga Betty. Entre otras muchas bendiciones de valor incalculable, me ha permitido iniciar un ministerio de afirmación y cuidado pastoral, en compañía de mi esposa, el cual nos ha producido experiencias intensas de paz y de dolor que no cambiaríamos por nada.

Ese ministerio es el propósito de este escrito. En estas páginas comparto con los lectores y lectoras ideas para enfrentar la noche de la tumba —que tiene diferentes nombres para diferentes crucificados— así como la certeza de que, independientemente de lo que las circunstancias demuestren, hay mañana de resurrección y la piedra ha sido removida.

UN MUNDO HECHO PEDAZOS

La noche de la tumba es horrorosa, pero no es final. Hay una mañana de resurrección y un mundo de riquezas inimaginables para quienes se atreven cruzar el umbral de la piedra removida. Ya alguien lo dijo; una noche es solo el período entre dos días. Siempre hay una mañana de sol después de la noche más borrascosa.

Tenia razón el himnólogo cuando cantó:

*Puedes tener paz en la tormenta,
Fe y esperanza cuando no puedas seguir;
Aun con tu mundo hecho pedazos,
El Señor guiará tus pasos,
Y tendrás paz en medio de la tormenta...*

La cita que aparece al principio de este capítulo recoge toda la amargura que se experimenta cuando uno siente que el mundo se le hace pedazos. Incluso, los "hijos de viles, hombres sin nombre, más bajos que la misma tierra", aunque las más de las veces son criaturas inexistentes, parecen reírse impunemente de uno. Pero la realidad es otra. Hay una multitud de gente de carne y hueso, que nos ama y que camina la segunda y la tercera milla a nuestro lado para hacernos la vida digna de seguir viviendo. En mi caso, tengo una familia mas preciada que el oro (hijos, nietos, hermanos y hermanas,

cuñados y cuñadas, sobrinos, amigos y conocidos, antiguos jefes y compañeros de trabajo, y otra pléthora de gente sincera y amorosa), quienes me rodearon de cuidados e hicieron de la noche de la tumba una experiencia soportable.

Una noche es solo el período entre dos días.
Siempre hay una mañana de sol después de la noche más borrascosa.

Recuerdo uno de los primeros días de crisis, en que me hallaba muy adolorido y confundido. Mi cuñada Julia me llamó para preguntarme cómo estaba, y le expliqué la imagen de mi mundo hecho pedazos regados delante de mí como los fragmentos de un frágil adorno de Navidad.

"No se preocupe", me dijo. "El Señor va a recoger todos los pedazos, sin que se le pierda ni uno, y va a hacer un mundo nuevo para usted."

Y así ha sido. A Dios nunca se le pierde un fragmento de nuestra vida.

ALGO EN QUÉ PENSAR

1. Aparentemente, la emoción prevaleciente en la experiencia traumática del autor fue confusión. ¿A qué se debería que, en vez de hablar más de su dolor físico, habla de su confusión? ¿Qué te hace pensar esto? ¿Cómo se le puede administrar a una persona cuando está confundida?
2. El autor se queja de que le negaron permiso para estar enojado. Reflexiona sobre esto. ¿Es que en realidad se necesita permiso para enojarse o para expresar algún otro sentimiento? Piensa en situaciones concretas en que, consciente o inconscientemente, te has negado a validar los sentimientos de otra persona. ¿Por qué razón existe esa tendencia? ¿Qué dice eso de nuestra comprensión de los sentimientos humanos?
3. Analiza esta afirmación de la consejera del autor: La voluntad de Dios no es lo mismo que la voluntad de la iglesia. ¿Qué piensas que quiso decir? ¿Estás de acuerdo con ella? ¿Por qué sí o por qué no?
4. Hay un momento en que el autor piensa que su capacitación

académica y su experiencia son inútiles. ¿Por qué? ¿Alguna vez te has sentido así? Piensa en alternativas para proveer cuidado pastoral a alguien que tiene esa percepción de sus capacidades.

5. ¿Qué aplicación personal, si alguna, puedes darle a la metáfora de la noche de la tumba?
6. ¿De qué maneras se puede ayudar a una persona que está pasando por la experiencia de un mundo hecho pedazos?

Capítulo 2

Dios se acuerda

*¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero,
se multiplican más que la arena; despierto,
y aún estoy con ellos.*

Salmos 139:17, 18

EN LA MEMORIA DE DIOS

Uno de los descubrimientos más hermosos de la Biblia es saber que yo le importo a Dios. El salmista dice que Dios piensa en mí más que granos de arena hay en el mar.

Según el profesor John Patton, del Seminario Teológico Columbia en Georgia, Estados Unidos, en su libro *Pastoral Care in Context* [El cuidado pastoral en contexto], el cuidado pastoral es posible porque Dios tiene memoria de nosotros y nos cuida.

La Biblia abunda en referencias sobre la memoria y el cuidado de Dios hacia los seres humanos.

- *Se acordó Dios de Noé... e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra (Génesis 8:1).*
- *Porque Jehová ha oído tu aflicción (Génesis 16:11).*
- *Dios se acordó de Abraham, y envió fuera a Lot (Génesis 19:29).*
- *Oyó Dios la voz del muchacho; y el ángel de Jehová llamó a Agar desde el cielo (Génesis 21:17).*
- *Se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios, y le concedió hijos (Génesis 30:22).*
- *Y oyó Jehová el gemido de ellos, y se acordó de su pacto... y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios (Éxodo 2:24, 25).*
- *Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos (Éxodo 3:7, 8).*
- *Me acordaré de mi pacto con Jacob... me acordaré y haré memoria de la tierra (Levítico 26:42).*
- *He oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí yo te sano (2 Reyes 20:5; Isaías 38:5).*
- *Acuérdate de mí, oh Dios (Nehemías 13:14).*
- *¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Lo hiciste... y lo coronaste (Salmos 8:4, 5).*
- *Claman los justos, y Jehová oye, y los libra de todas sus angustias (Salmos 34:17).*
- *Se ha acordado de su misericordia y de su verdad para con*

- *la casa de Israel; todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios (Salmos 98:3).*
- *De ellos tendré piedad... porque yo soy Jehová su Dios (Zacarías 10:6).*
- *Tu oración ha sido oída, y tu mujer Elizabeth te dará a luz un hijo (Lucas 1:13).*
- *Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Lucas 23:42).*
- *Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa... él nos oye... sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho (1 Juan 5:14, 15).*

Tener memoria de alguien es necesario, pero no suficiente, a menos que el pensamiento lleve a la acción. Los versículos anteriores afirman que Dios no solo tiene memoria de mí, sino que también actúa en mi favor. Ese pensamiento es demasiado profundo para digerirlo de una sola vez; pero es una de las verdades más profundas de las Escrituras.

En respuesta de amor a la memoria y el cuidado de Dios hacia mí, yo pienso en otras personas y actúo en su favor. Ese es el corazón del cuidado pastoral.

CONSEJO Y CUIDADO PASTORAL

Aunque a menudo los términos se usan como intercambiables, hay una diferencia significativa entre cuidado y asesoramiento (consejo, consejería, asesoramiento, como se le llama en diferentes contextos) pastoral. Cuidado es todo lo que yo hago por mi prójimo en respuesta al cuidado que Dios tiene de mí. Asesoramiento es un área especializada del cuidado pastoral, y requiere ciertas destrezas y preparación.

El profesor Daniel S. Schipani, co-editor del libro *Psicología y consejo pastoral: Perspectivas hispanas*, considera el consejo pastoral como "una forma de ministerio de cuidado pastoral especializado". El prefiere el término "consejo pastoral", en vez de "consejería pastoral" (más común en el Caribe y entre los hispanos de Norteamérica); o "asesoramiento pastoral" (favorecido en algunas áreas de Sudamérica), pues lo considera el menos problemático en cuanto a sus connotaciones para la gran mayoría.

En términos generales, podría decirse que el asesoramiento o consejo pastoral es el esfuerzo por ayudar a las personas a encontrar alternativas para la solución de sus problemas y a tomar sus propias decisiones. Para ello utiliza las herramientas de la psicología y otras disciplinas de la conducta individual y social. En palabras de Pablo Jiménez, el otro co-editor del libro arriba mencionado, el consejo



Uno de los descubrimientos más hermosos de la Biblia es saber que yo le importo a Dios. No importa mi edad, estado de salud, o situación económica. El sabnista dice que Dios piensa en mí más que gramos de arena hay en el mar.

pastoral es pastoral porque "se lleva a cabo en el contexto de la comunidad de fe" como "parte de la tarea de la iglesia de Dios y porque está informada por conceptos bíblicos y teológicos cristianos". Es consejo porque ayuda a la persona a identificar aspectos físicos, emocionales, espirituales, de una situación que le afecta, y a ponderar y seleccionar alternativas para la acción. (Aquí surge el problema de definición a que alude Schipani, pues en algunos contextos un consejo es un cuerpo legislativo o administrativo, y en otros "consejo" se equipara con dictamen o parecer. Las personas interesadas en el área específica de consejo pastoral encontrarán definiciones más acertadas en la vasta literatura existente sobre el tema. El libro de Schipani y Jiménez podría ser un buen punto de partida.)

✦
Cuidado es todo lo que yo hago por mi prójimo en respuesta al cuidado que Dios tiene de mí. Asesoramiento es un área especializada del cuidado pastoral, y requiere ciertas destrezas y preparación.
 ✦

Si uno no posee las destrezas, el adiestramiento, o la experiencia necesaria para involucrarse activamente en el ministerio de consejo pastoral, es preferible referir a la persona en necesidad a alguien que esté capacitado para hacerlo. De lo contrario, se arriesga a repetir la experiencia de los hijos del sacerdote Esceva, quienes intentaron practicar un exorcismo "en nombre de Jesús, el que predica Pablo", y salieron literalmente descamisados (Hechos 19:13-17).

El cuidado pastoral, en contraste, es un ministerio más amplio y no está limitado a un proceso especializado de consejo. Tampoco requiere destrezas o conocimiento especializado; solo amor a Dios e interés en las personas. Pastoral aquí se refiere a representativo de y responsable a una comunidad de fe; no necesariamente ser ordenado al ministerio u ocupar una posición oficial dentro de una congregación religiosa. Dicho de otro modo, el cuidado pastoral es tarea de todos y no solo del pastor o la pastora. El pastor hace cuidado pastoral como parte de la comunidad de fe a la que pertenece y no porque tiene una encomienda exclusiva de su posición ministerial.

El profesor James Fowler, especialista en teorías del desarrollo de la fe, describe cuidado pastoral como consistente de todas las formas en que la comunidad de fe, bajo liderazgo pastoral, intencionalmente auspicia el despertamiento, formación, rectificación, sanidad, y desarrollo continuo en vocación de las personas y la comunidad cristiana, bajo la presión y poder invasor de Dios. Llama la atención la intencionalidad e inclusión con que Fowler percibe la comunidad respondiendo a la presencia poderosa de Dios en su medio. Él ve la comunidad como una ecología, esto es, un sistema vivo en el cual todos los elementos humanos somos imprescindibles e interdependientes. Es una ecología de cuidado: todos tenemos que cuidarnos unos a otros. Es también una ecología de vocación: tiene que ver con las respuestas que la gente da al llamado de Dios a colaborar con Él; con las maneras en que esa respuesta ejerce poder organizador en las prioridades de la persona y comunidad; y las inversiones de uno mismo, el tiempo y los recursos.

El corazón de la vida cristiana para el individuo es la vida compartida en comunidad con otros creyentes. Más que una institución estática, la comunidad es un proceso de interacción entre creyentes, quienes procuran ser fieles a Jesucristo según se revela en las Escrituras y en la tradición cristiana. La formación de la comunidad de fe es una metáfora un tanto complicada de la vida cristiana, debido a que, como dice Patton, la comunidad es un símbolo ambiguo de los sueños y la desesperación humanos. No obstante, es una de las metáforas más útiles para enmarcar lo que ocurre en las historias de la congregación local y en otros niveles de comunidad.

Patton afirma que Dios creó a los seres humanos para tener relaciones con Dios y unos con los otros. Dios permanece en relación

con la creación escuchándonos, recordándonos, y trayéndonos a relación unos con otros. El cuidado humano y la comunidad, insiste, son posibles porque estamos en la memoria de Dios. Por consiguiente, como miembros de una comunidad de cuidado, expresamos nuestro cuidado analógicamente con el cuidado de Dios, también cuidando y recordando.

✠

El cuidado pastoral consiste de todas las formas en que la comunidad de fe, bajo liderazgo pastoral, intencionalmente auspicia el despertamiento, formación, rectificación, sanidad, y desarrollo continuo en vocación de las personas y la comunidad cristiana, bajo la presión y poder invasor de Dios

✠

Poling y Miller definen una comunidad amorosa como un proceso de interacción que se mueve hacia la creatividad, justicia, intimidad y fe. Así pues, cada vez que practicamos estos valores, estamos "haciendo comunidad". Según ellos, una de las tensiones primarias en el testimonio bíblico a la vida de Dios es el movimiento continuo hacia la aventura por un lado y el deseo de comunión por el otro. La aventura nos lleva al riesgo, a la complejidad de los seres humanos, la aceptación y celebración de la riqueza y variedad de la iglesia como institución humana. La comunión de la iglesia como cuerpo de Cristo nos mueve a la unidad, la paz, el sentido de pertenencia y trascendencia. El cuidado y la memoria de unos por los otros puede ser el enlace que hace la comunidad posible en medio de esta tensión saludable.

MODELOS DE CUIDADO PASTORAL

El teólogo Peter Hodgson identifica tres modelos, enfoques, o "paradigmas" que, según él, describen los cambios que han ocurrido en la teología cristiana a través de la historia. Estos son: el clásico (de la época patristica a la Reforma); el moderno (de principios del siglo 18 a la última parte del siglo 20); y el postmoderno (del presente). John Patton, en su libro citado anteriormente, utiliza el concepto de Hodgson para identificar lo que él considera tres modelos o paradigmas de cuidado pastoral: clásico, clínico pastoral, y comunal contextual.

Según Patton, el modelo clásico se extendió desde principios del cristianismo hasta el impacto moderno de la psicología en el

ministerio. El énfasis principal de este modelo está en el mensaje del cuidado pastoral, de un Dios bueno y amoroso, que se acuerda de nosotros y nos cuida. Dios nos hizo porque nos ama y porque quiere tener relaciones de intimidad con nosotros.

El énfasis en la psicología, el psicoanálisis y otras disciplinas de la conducta, que tomó auge a principios del siglo pasado con la influencia de Sigmund Freud y sus discípulos, resultó en el modelo clínico pastoral de cuidado ministerial. Este modelo se enfoca primordialmente en la persona que da y la que recibe el mensaje del cuidado amoroso de Dios. Comienza con una preocupación por lo que el ministro debe hacer, se mueve a lo que el ministro debe decir, y finalmente lo que el ministro debe ser. Patton menciona tres aspectos del modelo clínico pastoral que deben preservarse: 1) la forma en que uno se cuida a otros está directamente relacionada con la forma en que alguien tanto como *hacer* algo [énfasis del autor]; 3) uno puede aprender mejor acerca de sí mismo y de cómo cuidar a otros mediante la participación experimental y reflexiva en relaciones de cuidado.

El modelo comunal contextual, aunque ha estado presente a través de la historia, toma auge a raíz de los movimientos ecuménicos y de consulta posteriores al Segundo Concilio Vaticano. El énfasis se mueve de la autoridad eclesiástica de la jerarquía a la participación activa de las comunidades locales en el ministerio cristiano. El cuidado pastoral se entiende como el ministerio de toda la comunidad y no solo de las personas con credenciales o nombramientos eclesiásticos.

⌘+⌘
La comunidad es una ecología, esto es, un sistema vivo en el cual todos los elementos humanos somos imprescindibles e interdependientes. Es una ecología de cuidado: todos tenemos que cuidarnos unos a otros. Es también una ecología de vocación: tiene que ver con las respuestas que la gente da al llamado de Dios a colaborar con Él.
 ⌘+⌘

Patton resume diciendo que el cuidado pastoral hoy debe incluir elementos de los tres modelos, dándole atención al *mensaje*, a la *persona* que da y la que recibe el mensaje, y al *contexto* que afecta el significado del mensaje [énfasis añadido].

La tabla a continuación resume los elementos de los tres paradigmas presentados arriba.

PARADIGMAS PRINCIPALES DEL MINISTERIO DE CUIDADO PASTORAL

PARADIGMA	DESARROLLO	ÉNFASIS
Clásico	Desde principios del cristianismo hasta el florecimiento de la psicología moderna	Mensaje de un Dios vivo y amoroso, que nos creó para tener relaciones; se preocupa por nosotros y nos recuerda.
Clinico pastoral	Primera mitad del siglo 20	Personas involucradas en dar y recibir el mensaje de cuidado y recuerdo de parte de Dios.
Comunal contextual	Últimos cincuenta años (auge del ecumenismo y ministerio laico, post Concilio Vaticano)	Énfasis en el contexto; la comunicad de fe como foco de cuidado; participación de todos los miembros de la comunicad en el cuidado mutuo.

EJEMPLOS CONCRETOS DE CUIDADO PASTORAL

La tesis principal de este escrito es que el recuerdo y el cuidado de los demás son cualidades intrínsecas de lo que significa ser humanos, y que el cuidado pastoral es todo lo que hacemos unos por otros en respuesta a la memoria y el cuidado de Dios por nosotros. En ese sentido, una llamada telefónica, una visita a un enfermo, un plato de comida a un hambriento, una sonrisa de afirmación y estímulo, un recordatorio de viaje, un abrazo de consuelo; todas estas cosas son expresiones de cuidado pastoral cuando se hacen en nombre de Dios y en gratitud por su amor y cuidado. No es necesario tener nombramientos eclesiásticos, haber estudiado principios de psicología, o poseer credenciales ministeriales para ejercerlo. Incluso, más adelante veremos cómo ni siquiera es imprescindible saber las palabras adecuadas en cada contexto para demostrar que las personas son importantes para nosotros.

No solamente es importante saber que todos y todas debemos dar cuidado pastoral; es igualmente importante entender que todos y todas necesitamos recibir cuidado. Las personas que dicen: "Yo no necesito de nadie", están contradiciendo la idea de Dios mismo, quien consideró la soledad como lo primero que no estaba bien en su creación. Y esto lo dijo antes de que existiera el pecado en el mundo. Y como reza el dicho popular: "A menos que tú seas capaz de hacer el universo en una semana, no es buena idea darle sugerencias a Dios sobre cómo hacer un mundo mejor".

El pastor de la iglesia necesita saber que él cuenta para alguien como persona, no como una función. Hacerse lo saber es darle cuidado pastoral. Los niños necesitan cuidado pastoral y también lo pueden dar. Escuché a mi sobrinito preguntarle a su mamá por qué cada vez que iban a la iglesia, a ella la gente la saludaba y a él lo despedían pasando la mano por la cabeza. A él le gustaría que lo saludaran como a ella. Hay miles de formas de demostrarles amor, consideración y cuidado a los niños de la iglesia.



El recuerdo y el cuidado de los demás son cualidades intrínsecas de lo que significa ser humanos. Cuidado pastoral es todo lo que hacemos unos por otros en respuesta a la memoria y el cuidado de Dios por nosotros.



Una de las expresiones más significativas de cuidado pastoral en la iglesia local la recibí de un grupo de cuatro niñas de entre seis y ocho años de edad. Era una congregación que yo nunca había visitado y en la que no conocía a nadie excepto a la persona que me invitó a predicar. Las costumbres, el estilo de adoración, en fin, todo el contexto, era diferente de lo que yo estaba acostumbrado. Me sentí como que no pertenecía allí y me preocupaba si la gente me aceptaría y recibiría mi predicación. Era gente muy humilde, de otra denominación religiosa, que posiblemente (pensaba yo), había tenido pocas experiencias en la iglesia con personas de mi preparación y posición. Y esto lo pensaba, no en actitud de vanagloria, sino todo lo contrario, como un posible obstáculo a que me aceptaran como uno de ellos. Ese pensamiento me producía ansiedad.

Entonces las niñas, que estaban sentadas en la banca del frente, haciendo lo que los niños hacen típicamente en el templo mientras la gente llega y empieza el servicio (platicando y jugando), se voltearon hacia mí y me sonrieron. Una de ellas caminó hasta mí y me ofreció un pequeño obsequio. Ese gesto me quitó la ansiedad. Por alguna razón, pensé que si los niños, que todavía no han aprendido a

disimular, me aceptaban, todo estaba bien. Me sentí afirmado, cuidado y estimulado por ellas. Eso es cuidado pastoral.

En las páginas que siguen a continuación ampliaremos sobre el concepto de cuidado pastoral y ofreceremos situaciones específicas de este importante ministerio congregacional.



ALGO EN QUÉ PENSAR

1. Escoge uno de los pasajes bíblicos citados al principio del capítulo. Piensa en qué medida ese pasaje ilustra la memoria y el cuidado de Dios hacia ti.
2. Explica la diferencia entre consejo o asesoramiento pastoral y cuidado pastoral.
3. ¿Cómo compara el concepto tradicional de la iglesia como comunidad con la forma en que se explica en este capítulo?
4. El autor afirma que el pastor o pastora de la iglesia también necesita cuidado pastoral. Haz una lista de acciones concretas de cuidado pastoral que se pueden hacer a favor del pastor o pastora.
5. ¿Por qué al autor alega que las personas que dicen: Yo no necesito de nadie, están contradiciendo a Dios mismo? ¿Cómo compara eso con el concepto individualista que prevalece en la cultura moderna, incluyendo el contexto religioso?
6. Analiza los paradigmas o modelos de cuidado pastoral presentados en este capítulo. ¿Cuál piensas que predomina en tu contexto particular? ¿Qué te hace pensar de esa manera?

Capítulo 3

**El valor
de la presencia**

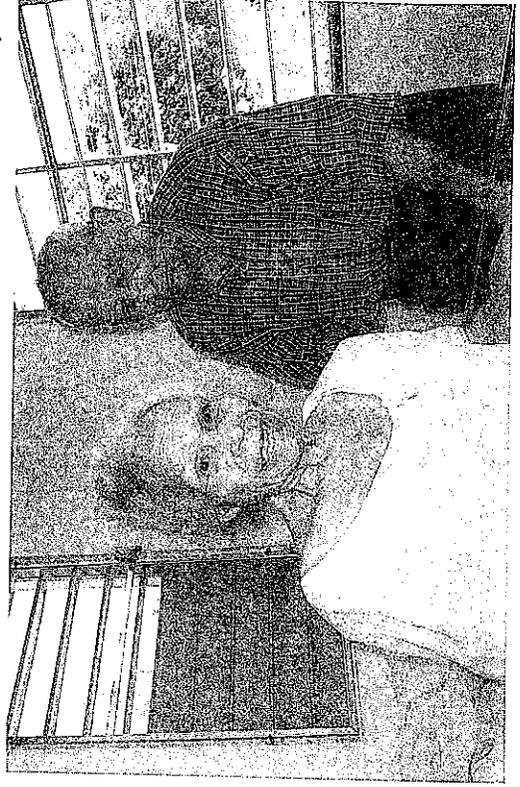
*Vinieron cada uno de su lugar;
porque habían convenido en venir juntos
para condolerse de él y para consolarle.
Así se sentaron con él en tierra por siete días
y siete noches, y ninguno le hablaba palabra,
porque veían que su dolor era muy grande.*

Job 2:11, 13

CUIDADO COMO ACOMPAÑAMIENTO

Esta es la historia de un hombre rico y piadoso, quien de la noche a la mañana pierde todo lo que tiene, incluyendo a sus hijos y su salud. Le sobreviene una enfermedad de la piel, tan horrible que no puede estar en su casa. Se va al basurero de la ciudad y se sienta sobre los montones de ceniza, a rascarse con pedazos de tiesto que encuentra en la basura. Tres amigos del enfermo escuchan en tierras lejanas las vicisitudes por las que está pasando el amigo común y se ponen de acuerdo para ir juntos a visitarlo. Viven en regiones diferentes. El viaje es posiblemente lento y azaroso; además, les requiere descuidar sus asuntos personales por algún tiempo. Pero nada de eso les detiene. El dolor de su amigo es más importante que cualquier otro negocio y amerita tomar riesgos.

El cuadro que encuentran los viajeros es mucho peor de lo que imaginaban. Cuando ven a su amigo enfermo lleno de llagas y cubierto de cenizas, de momento no lo reconocen. Su impresión es tan fuerte, que lloran a gritos. Se despojan de su ropa elegante y se



cubren de ceniza para identificarse mejor con el pobre doliente. Convierten el basurero en hotel, y durante una semana entera, día y noche, acompañan al amigo en su desgracia. Ni siquiera se atreven a proférer palabra. Saben que están pisando tierra santa de sufrimiento inefable y no se atreven a hollar la conciencia de dolor con comentarios pueriles.

Aunque se atrevieran hablar, no sabrían qué decir. Y es un grave riesgo, cuando uno no sabe qué decir, decirlo de todos modos. Sobre todo, cuando las acciones hablan más alto que las palabras, y las palabras sobran.

El ejemplo de Elifaz de Temán, Bildad de Suha y Zofar de Naamat, los tres amigos de Job, ilustra claramente el aspecto más crucial del cuidado pastoral: el ministerio de la presencia. Si al terminar la semana de visita hubieran regresado a sus casas sin decir nada, sin duda hubieran pasado a la historia como modelos de amistad y sabiduría. Su error fue el que cometemos, con demasiada frecuencia, casi la totalidad de las personas que damos cuidado pastoral: la necesidad de decir algo aunque sea una necesidad. Por un lado, los seres humanos le tenemos terror al silencio; por el otro, nos asusta que piensen que no sabemos qué decir.

—+—

Es un grave riesgo, cuando uno no sabe qué decir, decirlo de todos modos. Sobre todo, cuando las acciones hablan más alto que las palabras, y las palabras sobran.

—+—

En mi experiencia personal, escuché muchos comentarios que me hicieron bien y fortalecieron mi fe. Pero también escuché otros que literalmente me hicieron daño. Recuerdo el segundo día en la sala de cuidado intensivo, mientras me debatía entre la vida y la muerte, que mi familia tuvo que prohibirles a los visitantes que me hablaran. Tampoco les permitieron que me leyeran la Biblia o que oraran por mí. Fue que a la primera hora de visita por poco me matan de amor y cuidado. Cuando cualquier movimiento mío podía ser fatal, hubo quienes insistían en que levantara las manos e incluso intentaron sentarme para orar por mí. Pobrecitos, pensaban que si no hacían todos los rituales que habían aprendido en la iglesia, estaban fallándole a Dios. No sabían que su sola presencia, aunque fuera por dos minutos, era todo lo que yo necesitaba y todo lo que podía soportar en aquel estado para sentirme apreciado y acompañado en el valle de sombra de muerte.

En aquellos momentos de dolor insoportable, yo no tenía fuerzas para orar. Pero la seguridad de que había gente orando por mí era

suficiente. Y saber que allí afuera, en la sala de espera del hospital, estaban seres queridos haciendo turno para entrar y acompañando a mi familia en su angustia, tenía mejor efecto terapéutico que todos los medicamentos que fluían por mis dos brazos a través de sendos tubos llenos de sustancias salinas.

Este pensamiento es tan importante que merece repetirse: el ministerio de cuidado pastoral es más que nada acompañamiento, presencia; hacerme sentir que piensas en mí y que soy importante para ti. Suficientemente importante como para dejar otros compromisos e ir a verme al hospital.

Suficientemente importante como para pararte al lado de mi cama, apretar mi mano y dejar escapar una lágrima silenciosa. No tienes que disimular, ni hacerme creer que estoy mejor de lo que realmente estoy. Yo sé que me estoy muriendo; pero no me quiero morir solo. Y si sobrevivo, nunca me voy a olvidar que me acompañaste en mi momento difícil.



El ministerio de cuidado pastoral es más que nada acompañamiento, presencia; hacerme sentir que piensas en mí y que soy importante para ti. Suficientemente importante como para dejar otros compromisos e ir a verme al hospital.

Por supuesto, la idea de la visita es animar y consolar a la persona que sufre y darle un rayo de esperanza. Por eso nos esforzamos por presentar la mejor cara e incluso a veces mentir. Eso tiene sentido; pero si supiéramos que posiblemente el paciente sospecha la verdad y también lucha por hacernos creer que está mejor de lo que parece, quizás tendríamos menos necesidad de esconder nuestros verdaderos sentimientos. La pregunta de hasta qué punto hay que esconder la realidad es una que aún se discute. Hablaremos de esto más adelante.

PRESENCIA COMO ENCARNACIÓN

Estábamos desde por la mañana en la sala de emergencia del hospital. Yo pensaba que el dolor que tenía en el pecho desde la noche anterior era solo una indigestión ácida. Mi principal preocupación no era el dolor, sino el hecho de que había sido invitado a predicar la semana de aniversario de la Iglesia Bautista de la Comunidad Palmer. Mi costumbre era dedicar varias horas cada día a meditar y a estudiar el pasaje bíblico que iba a usar en el sermón de la noche. Las horas pasaban y todavía no me decían que me podía ir. Mis hermanas, que me habían llevado al hospital en contra de mi mejor criterio, aparentemente sospechaban que se trataba de algo más grave que una indigestión. Aunque trataban de disimular, sus rostros eran de preocupación, y no precisamente por el sermón de esa noche.

Finalmente, llegaron los resultados del laboratorio y la doctora que me atendía concluyó que estaban defectuosos. Era imposible, pensó ella, que alguien tuviera la condición que dichos resultados reflejaban y permaneciera vivo. Así pues, ordenó nuevos análisis. Otra espera, ¡santo Dios! Solo me va a dar tiempo para llegar a la casa y cambiarme de ropa. La predicación de esta noche va a ser cuesta arriba.

Cuando los nuevos análisis estuvieron listos, se confirmó lo peor. No era el laboratorio el que estaba mal; era yo. Como por arte de magia, apareció una cama disponible en la sala de emergencia y un equipo de cuatro enfermeras y un enfermero con instrucciones de no dejarme solo ni un instante. De ahí me llevaron a la sala de cuidado crítico. Sospecho que al menos uno de los medicamentos intravenosos que me inyectaron tenía la intención de relajar mi cuerpo, pues inmediatamente me sentí sin fuerzas y con todo el dolor que suponía debía tener desde por la mañana. Pensé que se me iba la vida. Miraba a la puerta cerrada, detrás de la cual suponía estaban mis hermanas esperando preocupadas, y deseé que las dejaran entrar para explicarles cómo me sentía. La doctora, con los ojos desorbitados de ansiedad, entraba y salía continuamente. Supongo que consultaba con sus colegas sobre qué hacer para que no me muriera, al menos mientras estaba bajo su responsabilidad.

Entonces sucedió algo que cambió todo el panorama. Como aparcido de la nada, entró a la habitación el pastor José Herminio Calo, de la iglesia donde se suponía yo fuera a predicar en poco más de una hora. Yo sentí que Dios se hizo presente en ese momento por medio del pastor Calo. Me hizo saber que, independientemente de si yo moría o vivía, él estaba en control y todo iba a salir bien. Para mi la presencia del pastor fue una teofanía, esto es, una manifestación visible de Dios. Quizás alguien pueda preguntarse que, si Dios quería hacerse presente en aquella sala de muerte, por qué no lo hizo por

medio de un ángel. Nada más imagínese que usted se está muriendo y de pronto vea aparecer un ángel que entra volando por una ventana. Si no se muere de dolor, se muere de susto. Así pues, Dios tenía que hacerse realidad encarnado en un amigo de confianza, una persona de carne y hueso que me quitara la preocupación de los sermones de aniversario que se iban a quedar sin predicar, y me diera libertad para estar gravemente enfermo sin sentirme culpable.

El pastor Calo hizo una oración muy breve y salió. Afuera les dio aliento a mis hermanas y continuó su viaje. Después supe que fue mi hermana Sara quien lo localizó cuando supo la realidad de mi condición. Su visita no me quitó el dolor, pero contribuyó enormemente a mi paz; una paz duradera que me sostuvo en los momentos más intensos de angustia.

El punto de toda esta narración es que la encarnación de Dios no fue un evento aislado el día de la primera Navidad. Dios se hace carne todos los días en los hombres y las mujeres quienes se esfuerzan por vivir la vida de Cristo en el mundo. El ministerio de presencia es uno de encarnación. Personalmente, lo experimenté muchas veces en visitas pastorales, llamadas telefónicas, tarjetas postales y cien formas más.



Dios tenía que hacerse realidad encarnado en un amigo de confianza, una persona de carne y hueso que me quitara la preocupación de los sermones de aniversario que se iban a quedar sin predicar, y me diera libertad para estar gravemente enfermo sin sentirme culpable.

✠

En los primeros días de mi regreso a la casa del hospital, tenía que permanecer en cama continuamente. Ni siquiera tenía fuerzas para llevarme la cuchara a la boca, así que mi esposa tenía que alimentarme como a un niño. Me dediqué a leer la Biblia en busca de una palabra de parte de Dios. Leí libros enteros infructuosamente. Entonces vino a visitarme una hermana sencilla, trayéndome una tarjeta con un verso bíblico, Nahum 1:7: *Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia, y conoce a los que en él confían.*

Era precisamente la palabra que yo necesitaba en ese momento. Otra vez el Verbo hecho carne en una humilde visita pastoral. No es posible sobreestimar las maneras en que una acción de cuidado pastoral puede constituirse en manifestación visible de la memoria y el cuidado de Dios.

El rabino Harold Kushner, antiguo pastor del Templo Israel en Natick, Massachusetts, E. U. A., y al presente un destacado escritor

y conferenciante, explica la encarnación de Dios en las acciones humanas utilizando el capítulo 146 del libro de los Salmos.

*Alaba, alma mía, a Jehová.
Alabaré a Jehová en mi vida;
Cantaré salmos a mi Dios mientras viva.*

*No confiéis en los príncipes,
Ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación.
Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra;
En ese mismo día perecen sus pensamientos.*

*Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob,
Cuya esperanza está en Jehová su Dios,
El cual hizo los cielos y la tierra,
El mar y todo lo que en ellos hay;
Que guarda verdad para siempre,*

*Que hace justicia a los agraviados,
Que da pan a los hambrientos.*

Jehová liberta a los cautivos;

Jehová abre los ojos a los ciegos;

Jehová levanta a los caídos;

Jehová ama a los justos. Jehová guarda a los extranjeros;

Al huérfano y a la viuda sostiene,

Y el camino de los impíos trastorna.

*Reinará Jehová para siempre;
Tu Dios, oh Sion, de generación en generación.
Aleluya.*

En su libro *Who Needs God?* [¿Quién necesita a Dios?], Kushner comenta sobre el lugar de Dios y la fe en la comprensión de la vida humana, utilizando el libro de los Salmos como base teológica. Dice él que en este poema, el salmista comienza preguntando: ¿Cómo sé que hay un Dios quien es más grande que cualquier ser humano, y dónde lo puedo encontrar para poderlo adorar? Llega a la conclusión de que Dios está dondequiera que se le hace justicia al agraviado, donde la gente comparte su alimento con las personas hambrientas; donde se ayuda a los oprimidos, a los solitarios y los extranjeros.

Kushner afirma que estas cosas (guardar verdad, hacer justicia, dar pan, levantar al caído, sostener a la viuda, etc.) no son tareas diarias a las que Dios dedica su agenda de trabajo. Más bien, son cosas que nosotros los seres humanos hacemos. Y cada vez que las hacemos en nombre de Dios, él está presente.

La pregunta clave no es dónde está Dios, sino cuándo está Dios. Y la respuesta es sencilla: Dios está cuando nosotros damos cuidado pastoral a alguien. En el Nuevo Testamento Jesús va aun más lejos, y afirma que cuando hacemos estas cosas al prójimo se las hacemos directamente a él (Mateo 25:34-45). Nótese que él no dice que es como si se las hicieramos a él, sino que lo toma literalmente: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (v. 40). Las consecuencias son tan trascendentales que es mejor no tratar de discriminar sobre quién es uno de los hermanos más pequeños del Señor. Es preferible asumir que todos los seres humanos son el hermano más pequeño.

✠
**Guardar verdad, hacer justicia, dar pan,
levantar al caído, sostener a la viuda, no son
tareas diarias a las que Dios dedica su agenda
de trabajo. Más bien, son cosas que nosotros
los seres humanos hacemos. Y cada vez
que las hacemos en nombre de Dios, él está
presente.**

CUIDADO COMO NECESIDAD

Los esposos David y Teresa Ferguson, de Austin, Texas, E. U. A., dirigen un ministerio de alcance mundial, llamado *Intimate Life Ministries* [Ministerios de Vida Íntima], dedicado a diseminar un mensaje de cómo profundizar las relaciones en el matrimonio, la familia y la iglesia. Los Ferguson insisten en que es una falacia afirmar que si uno tiene a Dios, no necesita nada más. Yo necesito a Dios y también te necesito a ti, es su lema.

Si es cierto lo que afirman David y Teresa, y definitivamente lo es, entonces tenemos que reexaminar nuestro enfoque relacional que dice que la relación espiritual es todo lo que necesitamos para vivir en paz. Por ejemplo, hay un coro que cantamos en la iglesia, que tiene una melodía bonita pero una teología defectuosa:

*Te espero, Señor, te espero,
Porque tú eres lo único que tengo;
Cantando te alabaré, orando te esperaré,
Porque tú eres lo único que tengo.*

La vida cristiana sería muy triste si ese coro dijera la verdad. Pero gracias al Señor, el coro está equivocado, no importa cuántas veces lo cantemos. Yo tengo a Dios y tengo a toda la comunidad de Dios,

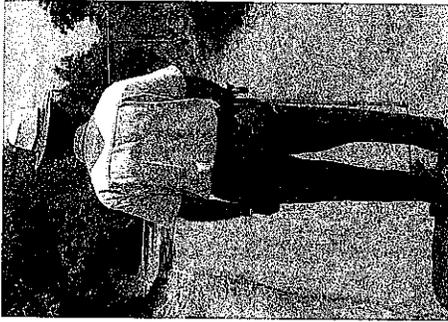
la cual me ayuda a experimentar de manera comprensible el cuidado continuo del Padre. Un coro aun más equivocado dice:

*Camino voy a Canaán, camino voy a Canaán,
¡Gloria a Dios, camino voy a Canaán!
Si mi padre no va, no me importa a mí,
Si mi madre no va, no me importa a mí,
Si mi hermano no va, no me importa a mí,
¡Gloria a Dios, camino voy a Canaán!*

Sí, me importa. El viaje a la Tierra Prometida no es un camino solitario, sino una aventura comunitaria, en la que nos animamos mutuamente y nos estimulamos al amor y las buenas obras (Hebreos 10:23-25). De hecho, según el teólogo católico John Courtney Murray, en el concepto teológico comunitario de los judíos, no se puede ser solo. Dice Murray que, cuando Dios se identifica con la frase enigmática *EHYEH ASHER EHYEH* (Yo soy el que soy), está transmitiéndole a Moisés una triple promesa: presencia, acción y acompañamiento.

En primer lugar, presencia: Yo soy el que soy contigo. En la mentalidad hebrea, para ser hay que ser con alguien. La soledad fue lo primero que Dios dijo que no estaba bueno en su universo. Segundo, poder, acción: Yo soy el que soy en acción. Un ser estático, inanimado, no es. Por eso el salmista critica los dioses falsos de los pueblos circundantes, diciendo: Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta (Salmos 115:5-7). En cambio, Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho él es vuestra ayuda y vuestro escudo (vv. 3, 10).

Tercero, acompañamiento: Yo soy el que soy allí. Ser es ser en un momento y un sitio específicos, cuando y donde yo te necesito: delante de Faraón, en la esclavitud de la fábrica de ladrillos, en el templo el domingo por la mañana, en la sala de emergencia del hospital a la media noche. Yo soy contigo, con poder en acción, donde tú estás.



El viaje a la Tierra Prometida no es un camino solitario, sino una aventura comunitaria, en la que nos animamos mutuamente y nos estimulamos al amor y las buenas obras.

Dice Kushner en otro de sus libros, *To Live* [A la vida], que en el resto de la Biblia y en la literatura judía subsiguiente, el nombre personal de Dios es *YHWH*, que gramaticalmente es la misma palabra que *EHYEH*. La diferencia es que esta última está en primera persona (Yo soy), mientras que *YHWH* está en tercera persona (*El es*). Es una palabra tan santa, tan íntima, que los judíos nunca la pronuncian, sino que la sustituyen por el Señor, el Santo, el Nombre. Pronunciarla en vano rompe el misterio de la santidad, la intimidad, la presencia sublime de la divinidad (además de que viola el mandamiento de no usar el nombre de Dios en vano; así que es más seguro no usarlo nunca para no usarlo en vano).

Solamente una vez en el año, en *Yom Kippur* (Día de la Expiación), que es el día más sagrado del judaísmo, el sumo sacerdote, oficiando en el templo de Jerusalén, clama a Dios por su nombre sagrado para que perdone a su pueblo. Pero el concepto del Dios que está presente, acompañándonos en acción y poder mientras se esfuerzan por hacer lo que es difícil y correcto, es un distintivo consustancial del pueblo judío.

El nombre sagrado *YHWH* ha llegado a nosotros transliterado del hebreo, vía el alemán y el inglés, como Jehová (o en algunas versiones como Yavé). Pero independientemente de la incorrección gramatical que la transliteración implica, cada vez que invocamos a Jehová afirmamos el concepto del Dios relacional, que ha prometido estar con nosotros, en acción, en el allí donde nos encontramos.



Cada vez que invocamos a Jehová afirmamos el concepto del Dios relacional, que ha prometido estar con nosotros, en acción, en el allí donde nos encontramos.



En el Nuevo Testamento, el nombre de Jesús, que es una transcripción griega del hebreo *Yeshúa*, literalmente quiere decir *YHWH* es ayuda o salvación. Jesús mismo se aplicó el nombre divino *EHYEH (yo soy)*, especialmente en el Evangelio de Juan. Unas veces con predicado: Yo soy el buen pastor (10:11). Yo soy la luz del mundo (8:12). Yo soy la resurrección y la vida (11:25); y otras veces sin predicado: Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis (8:24). Cuando habló de la iglesia, la describió como una comunidad donde él está presente y activo: Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:19, 20). Otra vez el sentido comunitario de interdependencia.

La afirmación de Jesús, aun al terminar su ministerio terrenal, fue: He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:20). La promesa del fin es: Dios mismo estará con ellos como su Dios; enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos (Apocalipsis 21:3, 4). Mientras llega el fin, nosotros como su comunidad en la tierra seguimos acompañando y enjugando lágrimas en el Nombre que es sobre todo nombre. ¡Eso es cuidado pastoral!

OLVÍDATE DE TU HERMANO

Volviendo a la teología individualista de lo que en ocasiones cantamos en la iglesia, un tercer coro, que cae en la misma categoría teológica de los anteriores, va más o menos de la siguiente manera:

*Si quieres sentir el gozo
Del Espíritu manifestado,
Olvídate del problema
Y del hermano que está a tu lado.
Alábalos con las manos,
Con los pies y con la boca,
Alábalos y tú verás
Que el Espíritu te toca.*

Este cántico, que tiene una melodía muy simpática y pegajosa, establece el enajenamiento de las situaciones reales de la vida

(olvídate del problema) y el individualismo litúrgico (y del hermano que está a tu lado) como condiciones previas para experimentar la presencia y el gozo del Espíritu Santo. El problema está que cuando uno repite lo mismo cuarenta veces en cinco minutos, en una melodía que se pega y se retiene, la idea se convierte en parte del pensamiento y afecta las actitudes y acciones. Sin embargo, el coro contradice los conceptos de comunidad e interdependencia, indispensables para la vida relacional.

Yo no voy al templo los domingos a las diez de la mañana porque Dios tenga horas de oficina, sino porque a esa hora van mis hermanas y hermanas. Una parte vital de mi adoración a Dios es el sentido de participación comunitaria, y mi identificación con los hermanos y hermanas que en todo el mundo invocan a Dios, especialmente los que están a mi lado en el mismo santuario. Tan importante es esta identificación, que como bien dice el Dr. Justo González, aun cuando oro a solas, digo: Padre nuestro, perdona nuestros pecados, incluyendo a toda mi comunidad de fe en la declaración de paternidad divina y la confesión y súplica de perdón.

Lamenta el Dr. González que en ocasiones la iglesia ha caído cautiva de un individualismo que contradice muchos de los valores de la Biblia. Hablamos de mi salvación, de Jesucristo como mi Salvador, de lo que Dios ha hecho por mí, lo cual es correcto. Pero, añade, si nos olvidamos de nuestra salvación, de nuestro Salvador, de los que Dios ha hecho por nosotros, estamos perdiendo la dimensión comunitaria, fundamental en el evangelio de Jesucristo. Al olvidar el problema y el hermano que está a mi lado, pierdo la solidaridad y afirmación que me hacen sentir no como un cristiano solitario, sino como el cuerpo de Cristo, el modo en que Cristo existe en el mundo, citando de nuevo al Dr. González.



Yo no voy al templo los domingos a las diez de la mañana porque Dios tenga horas de oficina, sino porque a esa hora van mis hermanos y hermanas. Una parte vital de mi adoración a Dios es el sentido de participación comunitaria, y mi identificación con los hermanos y hermanas que en todo el mundo invocan a Dios.



Un argumento adicional en contra de la teología del coro de martras es mi propia experiencia. Más de una vez he experimentado el gozo y la paz de Dios a través del hermano que está a mi lado. Y cuando uno se está muriendo y lo sabe, no puede darse el lujo de

olvidarse del problema ni del hermano que está a su lado. Si se acostumbra a hacerlo cuando está saludable en el santuario, tendrá un pequeñísimo conflicto intelectual cuando está en una camilla en la sala de cuidado crítico de un hospital.

De igual modo, cuando canto: No sé a qué viniste tú, pero yo vine a adorar a Dios, exhibo una doble actitud equivocada. Primero, estoy juzgando injusta y solapadamente los motivos de mi hermano adorador. Segundo, me estoy aislando en el acto de adoración, a pesar de que mi hermano está a mi lado. (Y aun podría añadirle un tercero: asumo que mi cántico está adorando a Dios, cuando en realidad lo que hago es cuestionando la adoración de otro.)

NECESIDADES DE JESÚS

En su discusión de las necesidades emocionales de los seres humanos, Ministerios de Vida Íntima utiliza el ejemplo de Jesús, el Dios-hombre. Dice el Dr. Ferguson que Jesús nos demostró la necesidad de vivir en intimidad con el Padre (Juan 5:30), y también la necesidad de relacionarnos íntimamente con otras personas. En primer lugar, Jesús tenía necesidades físicas (de aire, agua, alimento), y también necesitó consuelo, compañía, y otras expresiones de apoyo emocional. En lo que pudo haber sido su momento de mayor angustia como ser humano, les pidió a sus tres amigos más íntimos, Pedro y los dos hijos de Zebedeo, que lo acompañaran y le dieran cuidado pastoral por medio de su presencia. Ante ellos se hizo vulnerable y les confesó que se estaba muriendo de angustia (Mateo 26:36-38). Él les estaba suplicando a sus amigos que no lo dejaran solo en su hora difícil, y ellos le fallaron.

En el huerto de Getsemani, a pocos momentos de iniciar su enfrentamiento directo con la traición, negación, tortura, injusticia y muerte, Jesús experimentó el dolor de una necesidad emocional sin satisfacer: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? (v. 40). Es interesante que en su necesidad humana, él no buscara la compañía de ángeles, sino de amigos, de seres humanos imperfectos y vulnerables. A menudo los predicadores utilizamos el pasaje de Getsemani como un sermón sobre la importancia de la oración. En realidad lo que el cuadro presenta es un Salvador doliente, pasando por la soledad agonizante de lidiar con su propio dolor. ¡Y nadie permanece despierto para consolarlo!, concluye Ferguson.

En otras ocasiones, Jesús recibió cuidado pastoral de parte de mujeres (Juan 12:1-6; Lucas 8:1-3), fariseos (Lucas 7:36), publicanos (Lucas 19:5), y otros segmentos poco apreciados de la sociedad. Pero dice el autor del libro de Hebreos que, por cuanto él experimentó el sufrimiento de rechazo, pérdida de seres queridos, desilusión y

soledad, puede compadecerse de mis debilidades (Hebreos 4:15). Para que yo no sufra solo lo que él sufrió, me envía socorro por medio de sus hijos e hijas quienes están abiertos al privilegio de permitirle encarnarse en ellos y ellas.

En el huerto de Getsemani, a pocos momentos de iniciar su enfrentamiento directo con la traición, negación, tortura, injusticia y muerte, Jess experimentó el dolor de una necesidad emocional sin satisfacer. En su necesidad humana, él no buscaba la compañía de ángeles, sino de amigos, de seres humanos imperfectos y vulnerables.

El apóstol Pablo habla en más de una ocasión de su necesidad de la presencia de otras personas. En Troas se le abrió una puerta para predicar el evangelio. Aunque él estaba consciente de que la puerta era de parte de Dios, no la aprovechó porque le hacía mucha falta su hermano Tito (2 Corintios 2:12-13). Después de hacer aquella famosa declaración de seguridad y aparente independencia: Todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Filipenses 4:13), añade inmediatamente: Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación (v. 14). Dicho de otro modo, yo lo puedo todo en Cristo y para poderlo los necesito a ustedes. Cuando está en prisión, le pide a Timoteo que lo vaya a ver lo antes posible y que le lleve a Marcos (2 Timoteo 4:9, 11). Este no es un pedido de alguien que piensa que no necesita a nadie.

Dios nos hizo, intencionalmente, para que lo necesitemos a él y también nos necesitemos unos a otros. A eso se refiere la idea de ayuda idónea, que quiere decir al mismo nivel, con buena disposición para alguna cosa. El cuidado pastoral es una necesidad humana.

LO HAGO POR MÍ

Unas semanas después de mi crisis, estaba nuevamente de visita en mi país, en la casa de mis hermanas. Me había hecho la ilusión de que mi condición solo duraría tres meses, al cabo de los cuales todo volvería a ser como antes. El tiempo estaba a punto de cumplirse, así que tomé unos días para volver al hogar paterno antes de integrarme de nuevo al trabajo. Al menos eso yo pensaba, todavía en la etapa de negación.

La Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH) tenía un nuevo presidente con carácter interino, el doctor Justo González, quien había sido su fundador y primer presidente. Justo buscó una excusa para celebrar una reunión de la Junta de Directores de AETH en Puerto Rico y como parte de la agenda, los miembros de la Junta fueron a visitarme. Esa acción tan fina, de parte de personas súper ocupadas, me hizo mucho bien.

Sentado en la sala de la casa, Justo me preguntó: Roberto, ¿qué podemos hacer por ti?

"Pues lo que están haciendo, visitarme", respondí.

"No", eso yo lo hago por mí", fue su respuesta honesta. La pregunta es qué podemos hacer por ti.

Me sorprendió la candidez de aquel hombre de Dios, a quien considero uno de los teólogos más prominentes del tiempo presente. Según él, viajar miles de kilómetros, reunir un grupo de educadores y educadoras provenientes de los más distantes lugares de la nación norteamericana, invertir miles de dólares en una visita pastoral, eran cosas que hacía para satisfacer su propia necesidad de visitarme. Sin pretender dar a nadie una lección de cuidado pastoral, estaba afirmando uno de sus principios fundamentales: cuidar a los demás es parte de la naturaleza humana. Necesitamos preocuparnos por otros; lo contrario nos hace un poco menos que humanos. Esto lo he confirmado infinidad de veces en el ministerio de cuidado y afirmación pastoral: es más lo que recibo en cada visita que lo que doy. La mayoría de las veces que voy a llevar consuelo, soy yo el consolado. Cuando trato de afirmar a alguien, recibo afirmación. Definitivamente, no se puede perfumar el cuerpo de Cristo sin que a uno se le perfumen las manos y hasta las ropas y el corazón.

Mi respuesta a la pregunta insistente del Dr. Justo González me sonó pretenciosa y hasta un poco soberbia después que se la di: ¡Lo que pueden hacer por mí es hacerme sentir importante! Pero en realidad no lo era. Lo que sonaba como una expresión de vanidad era realmente un grito de auxilio. Necesitaba que aquella gente, tan significativa para mí, a quienes había presidido hasta poco antes, me hicieran sentir que todavía yo valía, que tener el corazón lastimado no me hacía menos humano ni menos digno de su respeto. Necesitaba ver acciones concretas, pequeños actos que reflejaran lo que verdaderamente pensaban de su ex líder. Y lo hicieron y con ello contribuyeron a que el futuro no fuera tan incierto.

Necesitamos preocuparnos por otros; lo contrario nos hace un poco menos que humanos.

Para un lector que nunca ha visto su dignidad amenazada, en su momento más vulnerable, por fuerzas ingentes fuera de su control, esto puede sonar como una tontería, producto de una debilidad psicológica. Pero para quien lo ha vivido en carne, hay experiencias que no se resuelven poniéndoles etiquetas intelectuales. El cuidado pastoral tiene todo que ver con la dignidad humana; hacer a Dios presente ordenando que a los afligidos en Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado (Isaías 61:3). Y de espíritus angustiaados está el mundo lleno.

ALGO EN QUÉ PENSAR

1. Reflexiona sobre la experiencia de los amigos de Job. ¿Crees que exageraron la nota cuando estuvieron una semana sentados con Job en el basurero del pueblo? ¿Alguna vez te has sentido como ellos, impotente ante una situación dolorosa? ¿Qué alternativas le sugerirías a alguien que enfrenta una situación similar a la de los amigos de Job?
2. Explica este pensamiento: El ministerio de cuidado pastoral es más que nada acompañamiento.
3. El autor narra una teofanía o manifestación visible de Dios, por medio de un pastor visitante, en su momento de mayor crisis en el hospital. ¿Crees que esto es posible que sucediera en realidad, o sería parte de su delirio o auto sugestión, debido a la condición de gravedad en que se encontraba? Reflexiona sobre las posibles implicaciones de una acción de cuidado pastoral como una encarnación de Dios.
5. ¿Qué quiere decir Kushner con que las acciones que describe el Salmo 146 no son tareas a las que Dios se dedica en su agenda de trabajo? ¿Qué significa esto para la práctica de la vida cristiana?
6. ¿Qué implicaciones prácticas para la vida cristiana tiene el nombre divino, Yo soy el que soy, según se explica en este capítulo?
7. Las necesidades emocionales de Jesús, ¿serían reales o solamente simbólicas? ¿Qué dice eso de las necesidades emocionales de los seres humanos?
8. ¿En qué sentido el ministerio de cuidado pastoral se hace tanto por uno mismo como por los demás?

9. El autor les pidió a sus amigos que le hicieran sentir importante. ¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo se traza la línea entre hacer sentir a alguien importante y hacerle creer que es más importante de lo que realmente es?

Capítulo 4

Mara no es para siempre

Y llegaron a Mara, y no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas: por eso le pusieron el nombre de Mara. Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron.

Éxodo 15:23-25

EL CUIDADO TRAE PAZ

Del poeta mexicano Amado Nervo son las líneas de *En Paz*, que siguen a continuación; uno de los poemas que mejor reflejan una actitud positiva ante los altibajos del vivir cotidiano:

*Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo, Vida,
Porque nunca me diste ni esperanza fallida,
Ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;*

*Porque veo al final de mi rudo camino
Que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
Que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
Fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas;
Cuando planté rosales coseché siempre rosas.*

*Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno;
¡Mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!*

*Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
Mas no me prometiste tan solo noches buenas;
Y en cambio tuve algunas santamente serenas...*

*Amé y fui amado, el sol acarició mi faz,
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!*

Una de las situaciones más difíciles en la tarea de cuidado pastoral es tratar de alegrar a personas que han escogido vivir amargadas. En algún momento de su peregrinar encontraron un pozo de aguas amargas, y acamparon allí para siempre. El pozo puede tener uno y mil nombres: un padre que abandonó el hogar cuando ellos eran niños; un primo que abusó sexualmente de ella; una madre que se la regaló a la abuela para que la criara; un hermano mayor que lo golpeó y lo echó a la calle cuando aún no había llegado a la adolescencia.

Y no se reduce a la niñez. Las aguas amargas pueden aparecer en cualquier etapa de la vida: un pastor que se puso en disciplina

injustamente. Un supervisor que le dio la posición que tú merecías a otra persona. Un novio de compromiso que te dejó plantada y se fue con tu mejor amiga, y ya no quisiste saber más de novios para el resto de tu vida.

RAÍCES AMARGAS

Este capítulo contiene buenas noticias: las aguas amargas se pueden endulzar. Y en caso de que no se puedan, todavía hay buenas noticias: hay otros pozos de aguas dulces un poco más adelante. No hay necesidad de quedarse en Mara.



Una de las situaciones más difíciles en la tarea de cuidado pastoral es tratar de alegrar a personas que han escogido vivir amargadas. En algún momento de su peregrinar encontraron un pozo de aguas amargas, y acamparon allí para siempre.



Cuando los israelitas salieron de Egipto, pensaron que la tierra prometida estaba allí, al voltear aquella esquina, al otro lado del mar. Cruzaron el mar en el milagro más extraordinario de toda la historia, con excepción de la resurrección de Cristo. Setenta y dos horas les duró el efecto del milagro. Al tercer día tuvieron sed y encontraron un pozo de agua. Pero el agua era amarga y no la pudieron beber, y le pusieron el nombre de "Mara", que quiere decir amargura. Allí practicaron lo que llegó a ser su pasatiempo favorito: murmuraron contra Moisés (Exodo 15:24). ¡Como si quejarse fuera un antídoto contra la amargura!

Moisés oró (una mejor alternativa), y Dios les resolvió el problema. Le mostró un árbol que al echarlo en el agua, la endulzó. "Porque yo soy Jehová tu sanador", afirmó la voz divina (v. 26). Un poco más adelante encontraron a Elim, donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras (v. 27). Dos soluciones: encontrar el árbol que endulza a Mara, o caminar un poco más hasta Elim.

Cuando yo era pequeño, en los campos no había agua de acueducto. Había que ir a buscar a los pozos, manantiales, o veneros que había en las fincas. Cerca de mi casa pasaba una quebrada o riachuelo, a orillas de la cual había varios pozos. Uno de ellos, llamado "el pozo de Guele", tenía agua dulce y fresca. Otro, un poco más abajo, "el pozo de Maríta Blanca", era amargo. Ni siquiera el ganado quería beber esa agua. Era algo raro; ambos pozos estaban en la

misma finca, al lado del mismo riachuelo, pero sus aguas eran totalmente diferentes. Fue hasta que llegué a adulto que comprendí la razón.

El pozo de Guele estaba a la sombra de un enorme árbol de mangos. Era sombra agradable y fresca la que protegía esas aguas todo el año. En cambio, el de Maríta Blanca tenía un árbol de molinillo, de fruta inútil, amarga y venenosa, y tronco excesivamente espinoso. Eran las raíces de amargura que inundaban el pozo lo que inutilizaba sus aguas. Si los hombres lo hubieran sabido, sin duda arrancan el molinillo en vez de culpar al pozo. Pero no lo sabían, y por eso el pozo nunca fue de provecho.

El autor del libro de Hebreos lo sabía. Por eso les advierte a los lectores: "Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados" (Hebreos 12:15). El problema de la raíz de amargura es que no solo me estorba a mí de alcanzar la gracia sanadora de Dios, sino que todo el que se me acerca corre el peligro de ser contaminado.

SANIDAD DE LA MEMORIA

El escritor colombiano Gabriel García Márquez, en su último libro, *Vivir para contarla*, tiene una frase introductoria que muy bien podría resumir la idea de cómo superar los pozos amargos de la vida. Dice: "La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla". García Márquez apela a un proceso de sanidad de la memoria, en el cual uno transforma los recuerdos amargos en memorias agradables. O como dice Amado Nervo en el poema que aparece al principio: "Hallé sin duda largas las noches de mis penas; mas no me prometiste tan solo noches buenas; y en cambio tuve algunas santamente serenas".

En el Salmo 77, el salmista Asaf reconoce que el estado depresivo que le aqueja es una enfermedad de la memoria y que necesita sanar sus recuerdos para poder recobrar la salud: "Dije: Enfermedad mía es esta; traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo. Me acordaré de las obras de Jehová; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas" (vv. 10, 11). Cuando Israel llegó a Mara, resolvió que murmurar era más fácil que sanarse. Pero la murmuración no endulza las aguas. Asaf, en cambio, aceptó que el problema era de él y buscó el antídoto en el recuerdo de las cosas buenas que Dios había hecho en su vida. No en las personas que sembraron el molinillo amargo del pozo de Maríta Blanca, sino en la raíz de amargura que él podía arrancar si se lo proponía.

El problema de la raíz de amargura es que no solo me estorba a mí de alcanzar la gracia sanadora de Dios, sino que todo el que se me acerca corre el peligro de ser contaminado.

Si el lector recuerda mi historia del capítulo primero, la orden que me dio el ángel en mi experiencia de confusión fue de callar. Nadie tenía la culpa de mi enfermedad; simplemente sucedió porque la vida no viene con garantías. La enfermedad no es moralmente buena ni mala; sencillamente es. Unos se enferman y otros no y así es como funciona el mundo. Y aun cuando alguien tuviera la culpa de mi tragedia, quejarme no remendaba mi corazón lastimado. Lo mismo ocurría con mi empleo. En primer lugar, los oficiales que tomaron decisiones que yo interpreté como contrarias simplemente estaban haciendo su trabajo. Segundo, todo el tiempo pensaron honestamente que hacían lo mejor por ayudarme a lidiar con la condición de salud que me aquejaba. Tercero, sin intentarlo, estaban sirviendo para que se cumplieran las otras dos órdenes del ángel: "Termina tu ministerio y vete a tu casa." Si esto hubiera dependido exclusivamente de mí, quizás hubiera optado por cambiarme de tumba en vez de enfrentarme al nuevo mundo de la vida resucitada que me esperaba con todas sus riquezas.

A fin de cuentas, el poeta tiene razón: ¡la vida no me debe nada! Todo lo que me da es ganancia. La iglesia tampoco me debe nada. Todo lo que me da es de pura gracia.

Como si eso fuera poco, el Señor estaba usando mi problema para prepararme una nueva dimensión del ministerio, para tocar vidas que jamás yo había soñado, de formas que aun a mí me dejan atónito cada vez que las experimento. Como decía mi amiga Betty, un mundo nuevo y maravilloso me esperaba, ¡y aquí estaba yo quejándome! Me hace pensar en el caso de Jacob el patriarca de antaño. Dios estaba preparando la civilización para proteger y bendecir a toda su descendencia. Había un hambre horrosa en todo el mundo conocido, y el hijo de Jacob tenía las llaves de todo el alimento que existía. Sin embargo, ante el plan divino de bendición, el patriarca responde con un grito de angustia: "¡Contra mí son todas estas cosas!" (Génesis 42:36). Me pregunto qué pensaría Dios al oírlo. Lo mismo que pensaría de mí cada vez que me escuchaba hacer comentarios negativos de mi situación.

DIOS TAMBIÉN USA EL DOLOR

En mi experiencia de cuidado pastoral, Dios ha usado mi dolor hasta la saciedad para bendecir. Estoy convencido de que, si mi historia hubiera sido diferente, yo hubiera sido menos útil para lo que el Señor me necesitaba en este tiempo. Que quede claro: no pienso que Dios causó, ni siquiera que permitió, mi enfermedad para poderme utilizar. Mi convicción es distinta de lo que tradicionalmente se enseña. Como el ciego del capítulo nueve del Evangelio de Juan, simplemente la situación ocurrió, y Dios, en cuya economía nada se pierde, la usó para glorificarse (Juan 9:3). Y de eso yo me gozo.

La vida no me debe nada; todo lo que me da es ganancia. La iglesia tampoco me debe nada; todo lo que me da es de pura gracia.

Confieso que personalmente tengo problemas con los conceptos teológicos de la "voluntad perfecta" y la "voluntad permisiva" de Dios. Creo que una cosa es la voluntad de Dios o no lo es, y que no existe tal cosa como dos voluntades divinas diferentes. Como ser humano hecho a imagen y semejanza divina, puedo escoger hacer la voluntad de Dios, o puedo usar mi libre albedrío para no hacerla y sufrir las consecuencias. Pero de todos modos, el Señor se glorifica. Por eso no quiero aceptar que mi infarto fue la voluntad de Dios con un propósito. Pienso, como Pablo, que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8:28). Incluyendo las malas. Pero eso no las hace dejar de ser malas y contrarias a la voluntad de un Dios bueno. Solo que Él las usa para bien. Jamás se me ocurriría glorificar el dolor y el sufrimiento. Mi dolor sigue siendo muy desagradable, y a veces me asusta; pero es instrumento para bendición. La diferencia la hace mi manera de responder a las cosas malas que me ocurren, quejándome o haciendo algo productivo.

Admito que tendría que hacer malabarismos mentales para pensar en algo de qué quejarme. Si me quejara, sería de no haber obedecido la orden angelical al pie de la letra, de guardar silencio ante las circunstancias adversas. Un consejo que me gusta dar y que oro para que Dios me ayude a cumplirlo es: *¡Nunca dejes pasar una oportunidad de callarte la boca!*

Para algunas personas, las experiencias traumáticas han sido tan pesadas que no pueden sanarse por sí solas. Necesitan que alguien se sienta con ellas y las escuche. Que les dé esperanza de que no todo el mundo está en contra suya, que porque el novio o la novia de sus vidas les dejó no tienen que quedarse "para vestir santos", como

dice el refrán. Hay otros hombres y mujeres que les pueden hacer felices. Y si no los encuentran, la vida sigue y hay otras fuentes de gozo. Que si te crió tu abuela en vez de tu mamá, ya es tiempo de perdonar a tu mamá, darle gracias a Dios por tu abuela, y seguir viviendo.

✚✚✚
**“Nunca dejes pasar una oportunidad
 de callarte la boca.”**
 ✚✚✚

Mara puede ser un sitio cómodo por lo familiar, pero no es lugar de acampar. Elim, con sus doce pozos y setenta palmeras, está ahí, a la vuelta del camino. Y aun en Mara está “Jehová tu sanador”, más deseoso de sanar tu amargura que lo que tú estás para dejarte sanar.

AMARGADA O PLACENTERA

Otro ejemplo de alguien que escogió llamarse Mara lo encontramos en el libro de Rut en el Antiguo Testamento. La protagonista de la historia se llamaba Noemí, que quiere decir “placentera”. Pero cuando perdió el esposo y los dos hijos en un país extranjero, se amargó de tal modo que prefirió cambiarse el nombre. Cuando sus dos nueras, amantes y desprendidas, decidieron acompañarla de regreso a su patria, ella rechazó la compañía: “No hijas mías, que mayor amargura tengo yo que vosotras” (Rut 1:13). Su actitud desanimó a una de las nueras, pero la otra fue obstinada y la acompañó aun en contra de su voluntad.

Cuando llegaron a Belén de Judá, tierra nativa de Noemí, la amargada se quejó: “En grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías” (Rut 1:20, 21). No estaba vacía. Su nuera que la amaba, y que era “de más valor para ti que siete hijos” (Rut 4:15), la acompañaba. Pero su amargura no la dejaba reconocer la compañía tan virtuosa que tenía a su lado. Además, ella tenía una heredad que perteneció a su difunto marido, la cual podía redimir. Había por lo menos un pariente capaz y dispuesto a redimirla. Pero su auto lástima tampoco la dejaba ver que no era tan pobre como suponía.

La historia termina sin que Noemí, rodeada de familia y con un heredero en sus brazos, declare que le pasó la amargura. El bebé que arrullaba iba a ser el abuelo del rey David, antepasado del Mesías. Las vecinas cantaban: “Le ha nacido un hijo a Noemí” (Rut 4:17), reconociéndola como madre subrogada de la criatura. Pero cuando uno se amarga pierde la visión profética. Ni por accidente se dice que Noemí sonrió.

¡La sanidad de la memoria requiere un acto de la voluntad! Tiene uno que tomar la decisión de dejar que Dios lo sane.

AMARGURA CONTAGIOSA

Anteriormente dijimos que el peligro de la amargura es que, a veces sin darnos cuenta, y otras con toda intención, les amargamos la vida a otros. Una meta del cuidado pastoral es ayudar a quienes están en Mara, sin tomarnos nosotros las aguas del pozo de Marífa Blanca. A veces nos descuidamos y terminamos participando de la diversión favorita de los israelitas, acompañando a los murmuradores en sus críticas. Lo mejor es comprenderles, estimularles a superar la crisis, y orar por ellos. Pero nunca añadir combustible a un fuego destructor.

✚✚✚
Cuando uno se amarga pierde la visión profética.
 ✚✚✚

El ejemplo de Rut es edificante. Ella no permitió que la amargura de Noemí la contaminara. Ni siquiera cuando la suegra la ignoró al decir que llegaba a Belén sola y vacía, a pesar de que Rut había renunciado a su familia, su cultura y su tradición histórica por acompañarla. Ni cuando tuvo que irse a trabajar para mantenerse ella misma y a la suegra. Ni aun cuando, en sentido figurado, Noemí “se la echó a los leones”, como dice el refrán, pidiéndole que se arriesgara a pasar la noche sola como mujer en un granero oscuro lleno de hombres, acostada a los pies de un borracho. Rut es ejemplo vivo de “que si extraje las mieles o la hiel de las cosas, fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas, y cuando planté rosales coseché siempre rosas”. Y aun cuando los rosales no den rosas ni las abejas mieles, hay que seguir plantando flores (ver Habacuc 3:17-19).

UN MILAGRO INNECESARIO

Recuerdo una ocasión cuando yo era director del instituto bíblico. Un domingo por la tarde llegó a mi casa un estudiante residente, acompañado de una joven desconocida para mí, a quien llamaré por el nombre ficticio de Rosa. Rosa estaba visiblemente alterada, al borde de un ataque de histeria. El estudiante me la presentó. Me explicó que era una conocida de él, que la encontró en la estación de autobuses y que ella le confió un problema horrible que tenía. El la

escuchó, pero pronto reconoció que el problema estaba más allá de su capacidad para ayudarla. Le dio ánimo invitándola a que lo acompañara al instituto, con la seguridad de que el director la podría ayudar.

A pesar de la inconveniencia de interrumpir mi descanso dominical, agradecí al estudiante la confianza que tenía en mí, e invité a Rosa a mi oficina. Allí ella, asustada y llorosa, me confesó su situación. Era miembro de una iglesia pentecostal, talentosa y consagrada. La noche anterior, en un momento de descuido irresponsable, había tenido relaciones sexuales con el novio. Ahora se sentía sucia, contaminada, condenada. Ni siquiera se atrevía ir a su iglesia, según me dijo, restaurando su tejido virginal. ¿Acaso el Dios que podía resucitar muertos no tenía poder para crear un himen nuevo? Esto lo decía entre gemidos desgarradores, que me parecían profundamente sinceros.

Mi primera acción fue escuchar atentamente a Rosa y estar de acuerdo con la gravedad de la fornicación que había cometido. Su pecado era verdaderamente horrible y digno de condenación. Habérle dicho lo contrario, restándole seriedad a su estado, le hubiera sugerido que no la tomaba en serio o que no creía en la santidad del Dios a quien ella servía. Dios es santo, y ella hacía bien en sentirse culpable de haber violado el precepto bíblico de conservarse pura hasta el matrimonio.

En segundo lugar, le expliqué a Rosa, con la ayuda del Espíritu Santo, que su pecado, por grave que fuera, no era más poderoso que la sangre de Cristo y su amor perdonador. El Señor aceptaba sus lágrimas de arrepentimiento, la limpiaba de su suciedad, y le restauraba el gozo de la salvación. "Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmos 51:17).

Tercero, el milagro que ella pedía era innecesario e imposible, porque era contrario a la verdad de Dios. Por definición, ella nunca podría ser una virgen nuevamente, aunque su tejido virginal fuera reconstruido como por arte de magia. Si Dios realizaba el milagro que ella pedía, se hacía cómplice de una mentira. Pero no era el fin del mundo. Ella podía aceptar esa consecuencia de su pecado, e incluso aplicar su experiencia de dolor y vergüenza para aconsejar sabiamente a otras jóvenes que enfrentaran la tentación que ella enfrentó. Además, podía aprovechar ese incidente para ser más cuidadosa de su vida espiritual y sus relaciones con el sexo opuesto.

La sanidad de la memoria requiere un acto de la voluntad. Tiene uno que tomar la decisión de dejar que Dios lo sane.

Fue una tarde dominical emocionalmente cargada y difícil tanto para Rosa como para mí. Después de mucha oración y de la intervención intensa del Espíritu Santo, Rosa se sintió perdonada y restaurada. En vez de la joven histérica que llegó a mi oficina, salía una creyente con un concepto más maduro de sí misma, de Dios, y de la experiencia cristiana. En vez de gemir desesperadamente, ahora gritaba con alegría: "¡Soy libre... soy libre... soy libre!" Había decidido que la relación con el hombre que la instó a pecar no era saludable para ella, y que la declaraba terminada de una vez por todas.

Nunca más volví a ver a Rosa, o si la he visto, no la he reconocido. Lo que sí recuerdo es verla salir de mi oficina aquella tarde, restaurada a su comunión con Dios y consigo misma. Mirando cómo su semblante, su tono de voz y su actitud habían cambiado, yo estaba persuadido de que Rosa no iba a permitir que una situación amarga le amargara su vida cristiana para siempre. Todavía le faltaban dos tareas difíciles, pero necesarias: hablar con sus padres y con el pastor, y aceptar responsablemente las medidas disciplinarias que le impondría la iglesia como parte del proceso de restauración. Mi oración por ella fue: "Dios mío, que el pastor y los miembros de su iglesia no sean sembradores de molinillos".

Así como el Señor salva nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu, también salva nuestra historia y sana nuestra memoria. Él no puede cambiar lo que nos ocurrió, ni deshacer lo que la vida nos hizo, por amargo que esto sea. No porque le falte poder absoluto, sino porque sería contrario a su verdad. Pero sí puede redimir nuestro pasado, convertir el estiercol en abono, usar el dolor mío para consolar a otros. Y es una experiencia sublime e inefable, poner mi sufrimiento a los pies del Señor de la misma manera que pongo mis triunfos, y preguntarle: "Señor, ¿qué tú puedes hacer con este dolor mío, para que tu nombre sea glorificado?"

Personalmente, le he hecho esa pregunta muchas veces a Dios. Sus respuestas nunca dejan de asombrarme.

Así como el Señor salva nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu, también salva nuestra historia y sana nuestra memoria. Él no puede cambiar lo que nos ocurrió, ni deshacer lo que la vida nos hizo, pero sí puede redimir nuestro pasado, convertir el estiercol en abono, usar el dolor mío para consolar a otros.